

En el capítulo 6º, «La Iglesia, 'fuerza revolucionaria'», el autor analiza el papel de la Iglesia en esas situaciones de conflicto. ¿Por qué lado se decantará la Iglesia? ¿Habrà de ser una fuerza «conservadora» o «revolucionaria»? La historia de las dos últimas décadas ha contemplado los conflictos surgidos en el seno de la Iglesia ante esos interrogantes: las tensiones en las asambleas del CELAM, los avatares del Documento de Medellín (1968), y la denuncia de Pablo VI para evitar la tentación de la violencia. En Medellín comienza a gestarse en la Iglesia de Latinoamérica una línea de acción —la «opción por los pobres»— y un sustrato teológico correlativo: la teología de la liberación. Ambas —opción por los pobres y teología de la liberación— no exentas de riesgos y malinterpretaciones, como lo ha demostrado la historia reciente de la Iglesia en algunas naciones.

En el capítulo 7º, «Defender a los hombres», el autor deja constancia de la evolución experimentada en el seno de la Iglesia Iberoamericana desde las coordenadas cambio-revolución-violencia de Medellín, hacia las de defensa de los derechos de los hombres y promoción de la justicia social por la aplicación de la Doctrina social de la Iglesia, que aparecen en la asamblea de Puebla. Para el autor, Juan Pablo II en Puebla, en 1979, ha subrayado una vez más, en consonancia con el Magisterio de sus predecesores, la incompatibilidad entre marxismo y cristianismo, yendo a la raíz de la ideología marxiana: un humanismo antropocéntrico sin Dios, que es la causa de todas las divisiones.

Juan Pablo II en sus viajes a Latinoamérica ha señalado el camino de la verdadera liberación (capítulo 8º —«¿Qué liberación?»—). La liberación en Cristo es el mejor fundamento para construir un orden social más justo: la comunión de los hombres basada en la Comunión con Dios.

¿Cómo hacer resurgir a una sociedad en crisis a causa de la crisis de los valores cristianos? Frente al mito de la «cristiandad del Tercer mundo», André-Vincent propone la fuerza de la cristiandad que nació del Descubrimiento para enriquecer a todo el mundo (p. 226).

José Miguel URIOS

Wilhelm WEBER, *Wenn aber das Salz schal wird... Der Einfluss sozialwissenschaftlicher Weltbilder auf theologisches und kirchliches Sprechen und Handeln*, Würzburg, Echter Verlag, 1984, 180, pp., 15 x 22.

Sacando punta al tema, podemos describir la situación actual de la Iglesia, ciertamente problemática, en el sentido de que, en la disputa de opiniones, reivindicaciones y expectativas, la Iglesia corre peligro de perder su identidad como tal; de que, por tanto, en el diálogo de la Iglesia con el mundo, de la teología con las ciencias pro-

fanas, no sólo están ya en juego interpretaciones y modos de decir conformes con el sentir de nuestro tiempo —el *Zeitgeist*—, sino los fundamentos mismos, el *minimo existencial* de la fe cristiana.

Realmente, la Iglesia en el mundo parece tener hoy una posición «más difícil», parece haber perdido malamente terreno durante los últimos decenios en la lucha por «la toma de los conceptos». Puede ser que cierta esterilidad de su verdadera intención —la intención vertical— haya animado e inducido a la Iglesia a dirigir más y más su celo hacia cuestiones y problemas horizontales. Pero este cambio de dirección ha ido —¿forzosamente?— parejo con la adopción de «juegos lingüísticos» y modelos cognoscitivos que, por principio, no pueden dejar de constituir cuerpos extraños al cristianismo, y viceversa.

La obra del teólogo y sociólogo Wilhelm Weber, fallecido poco tiempo después de haber terminado el manuscrito, es justamente la suma de un análisis, lleno de inquietud, de esta dificultad de principio, o bien de esta evolución amenazadora. Weber, discípulo y sucesor del cardenal Höffner en la cátedra de la Universidad de Münster, ve una de las raíces de esta evolución en la recepción acrítica por parte de la teología y de la Iglesia de esquemas de pensamiento y conceptos ejemplares («fórmulas del mundo pseudometafísicas», pág. 66) de la sociología; en un «transfer», en el que, simultáneamente tanto en lo que se refiere a la teoría del conocimiento como al obrar práctico, también se han importado contenidos normativos. Así, en el curso de la teoría sociológica de sistemas, cuyo principal inspirador ha sido Niclus Luhmann, se ha hecho usual interpretar también a la Iglesia como un sistema funcional, cuya legitimación en la sociedad habría de verse por el rendimiento social de las funciones que desempeña. Weber muestra, en «la destrucción en torno a la reforma de la liturgia» y en «la destrucción del lenguaje religioso», cómo la Iglesia, y la fe en general, topa aquí un momento reivindicativo y expectativo «externo» que, ajeno en el fondo a su esencia, por una parte amenaza desembocar en «accionismo funcionalista» (pág. 103) al son de lo que, en el momento, es actual y socialmente se reconoce, y por otra conduce a la pérdida del *proprium* de la Iglesia: «ser comunidad de servicio a Dios» (pág. 104).

Según el análisis de Weber, la Iglesia parece no haber resistido bien la sociologización —*die Soziologisierung*— del saber teológico y del hablar y obrar eclesial. Esta sociologización ha ido pareja con fenómenos que la misma teología también ha fomentado: denuncia del culto, «desmitificación» de símbolos rituales y, por último, funcionalización de la liturgia, interpretada a través de conceptos como «interaccionismo», «obrar comunicativo», «ágape comunitario» (pág. 128). Conceptos religiosos como pecado, envidia y penitencia han sido rodeados de «vocablos socialcríticos de encubrimiento» (pág. 144) y privados así de su verdadera dimensión expresiva —personal y trascendente—, y, al fin, de su significación cristiana. Lo que queda es «alienación en vez de pecado, sentirse desprivilegiado en

vez de envidia, comunicación en vez de comunión, sucesión de palabras en vez de palabra dirigida a Dios, discurso libre de opresión en vez de *kerygma*, iglesia de base en vez de pueblo de Dios, clase en vez de pueblo, liberación en vez de redención!» (pág. 163).

Weber exige una vuelta al sentido de lo que es propio y verdadero de la Iglesia, de la fe y de la teología, de aquello que rebasa el mundo y se dirige hacia Dios. «Con conceptos que proceden de la inmanencia y no remiten más allá, se arranca la cosa misma designada de sus raíces anteriores trascendentes y se la encierra en la inmanencia de nuestro pensamiento» (pág. 168): éste es el tenor de su análisis, tan importante como removedor.

Burkhard HANEKE